

de *Fascura* domina cierta suavidad bucólica, que hace pensar en el consabido *olor á tomillo*, harto más que la égloga de Meléndez, á la que por primera vez se aplicó aquella frase. Las estrofas de Acebal sí que parecen impregnadas del aire balsámico de campos y montañas, y escritas bajo la impresión que producen los encantos de la Naturaleza. Las descripciones que en castellano parecerían triviales y descoloridas, á fuerza de repetirse, lucen aquí un vigor juvenil que compensa lo malsonante de tal ó cual vocablo; y sin perjuicio de halagar el oído con la dulzura musical de la expresión, contienen algo más que ideas é imágenes marchitas.

Por la reseña que precede se comprenderá que no son muchos ni de grandes ambiciones los poetas que han escrito y escriben en *bable*, pero casi todos suficientemente discretos para no comprometerse en empresas ridículas, ni cambiar en trompa épica la flauta pastoril, ni menos soñar con un estéril cantonalismo literario ¹.

¹ Aunque las manifestaciones del espíritu regionalista en las Provincias Vascongadas suelen ser principalmente de carácter político, ha habido y hay autores que emplean el euskaro en poesía, desde el bardo Iparraguirre hasta Antonio Arzac, y de los que no trataré porque, para hacerlo, me falta una condición casi indispensable, que es el conocimiento de aquella lengua.



LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA

APUNTES PARA SU HISTORIA EN EL SIGLO XIX



LA LITERATURA HISPANO-AMERICANA

(BREVES APUNTES PARA SU HISTORIA EN EL SIGLO XIX)

EL título que doy al presente estudio me excusa de entrar en pormenores para explicar su corta extensión, sus deficiencias numerosas, inevitables en cierta manera, y los propósitos que al escribirlo me guían: el de no dejar incompleta la obra que con él ha de terminar, y el de contribuir á la vulgarización de noticias interesantes para todos los españoles; pues se refieren á naciones de nuestra raza, que profesan nuestra religión, hablan nuestro idioma, y conservan, aunque modificado, el sello que imprimió en sus costumbres la influencia de la Metrópoli; influencia mermada, pero no interrumpida, por la emancipación.

Copioso es el caudal de libros con que cuento para trazar la historia de la literatura hispano-americana, debidos á la generosidad de sus autores y de otras personas, por la que me complazco en rendirles aquí testimonio de mi profunda gratitud; pero aún me faltan

datos de difícil, quizá imposible adquisición, tras la que sería necesaria la prolija labor de separar el oro legítimo de la escoria, y de apreciar las especialísimas condiciones locales y personales que á menudo deben tenerse en cuenta para un juicio acabado de las obras literarias.

Aunque va disminuyendo la incomunicación de los diferentes Estados de la América española entre sí y con la antigua madre patria, todavía subsisten grandes obstáculos que impiden conocer el movimiento intelectual de aquellas regiones. Y no hay que pedir luces á un buen número de los *Parnasos*, *Antologías* y *Liras*, formados sin discernimiento por colectores que sacrifican á la cantidad la calidad, y mezclan rosas y lirios con hierbajos y ortigas, causando invencible tedio en las personas de gusto, y haciendo recaer sobre autores notables el descrédito de la mala compañía.

Actualmente está publicando la Real Academia Española una *Antología de poetas hispano-americanos*¹, que no tardará en terminarse, con amplios y eruditísimos estudios preliminares que subscribe D. Marcelino Menéndez y Pelayo. De tal modo agota en ellos la materia en sus pormenores más insignificantes, aunque ciñéndose á la poesía lírica, y excluyendo á los autores vivos, que sólo esta causa, sin contar las que indiqué anteriormente, me hubiera retraído de acometer una empresa en que muchas veces tendría que repetir los datos y las opiniones del eruditísimo académico.

¹ Madrid, 1893-94. Van impresos tres tomos: el 1.º, correspondiente á *México y América Central*; el 2.º, á *Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela*; el 3.º, á *Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia*. No es meramente estético el fin á que obedece esta colección, sino también histórico, ni han de juzgarse como dechados las composiciones que en ella se incluyen, puesto que el sabio prologuista declara que hubo de utilizar á veces *las muestras menos endebles que han podido encontrarse del desarrollo poético en algunos países*.

Nadie podrá exigir de mí lo que no prometo ni lo que, en virtud de las razones expuestas, quede, voluntaria ó involuntariamente, omitido. Sin embargo, para que no carezcan de unidad y cohesión los *apuntes* que luego se leerán, estimo oportuno anticipar algunas observaciones generales sobre las distintas épocas y fases de la literatura hispano-americana.

Reflejo siempre, más ó menos fiel, de la peninsular, no fué tan fecunda como en nuestro siglo en los precedentes, pero engendró entonces obras y poetas que no tienen rivales entre los que hoy produce. Si no nacieron en el Nuevo Mundo Bernardo de Balbuena, Fr. Diego de Hojeda ni D. Alonso de Ercilla, allí escribieron sus tres grandes poemas, *El Bernardo*, *La Cristiada* y *La Araucana*; y lo mismo el Abad de Jamaica y Obispo de Puerto Rico, que el fraile sevillano y el aventurero ilustre, dejaron unido su nombre al de las antiguas colonias americanas. Por el contrario, D. Juan Ruiz de Alarcón, el inmortal creador de *La verdad sospechosa*, conquistó sus laureles en la Metrópoli, y figura siempre como uno de tantos dramáticos españoles, aun habiendo nacido en México.

Además de los tres citados, hubo otros muchos ingenios nuestros, á quienes los caprichos de la suerte, el ansia de aventuras, ó móviles de índole superior, condujeron á las playas donde parecía esconderse el nuevo vellocino de oro, cuya conquista hubo de ser tan costosa. Francisco Cervantes de Salazar, D. Eugenio de Salazar, Mateo Alemán, Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Luis de Belmonte Bermúdez y otros prosistas y poetas, llevaron al Reino de la Nueva España el gusto por la amena literatura, al mismo tiempo que se cultivaban las ciencias sagradas y profanas. Se introdujo allí la imprenta hacia el año de 1539, y once después firmaba Carlos V una cédula en que creaba la Universidad de México.

No se retrasó mucho el Perú en gozar iguales ven-

tajas, que convirtieron á Lima, antes de terminar el siglo xvi, en un centro de cultura naciente, llamada á prosperar no poco, andando el tiempo. Por desconocerse el arte tipográfico en otras colonias, y por su menor relación con la Península, tuvo que ser forzosamente menos rápido y ostensible su progreso intelectual; pero todavía produce legítimo orgullo el que, entre los españoles que descubrieron y sojuzgaron los vastísimos territorios de la América del Sur, brillen algunas figuras tan simpáticas como la del cordobés Gonzalo Jiménez de Quesada, quien, después de llegar con un puñado de valientes y á costa de infinitos esfuerzos á la planicie de Bogotá, escribió el *Compendio historial* de sus conquistas, y, lo que es más raro, unos sermones para las festividades de la Virgen. Este rasgo de piedad y las noticias que nos da Juan de Castellanos, compañero de Quesada, en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, demuestran elocuentemente el espíritu de humanidad y de fe religiosa que animaba á los primeros colonizadores del país de los Chibchas, llamado en adelante *Nuevo Reino de Granada*. También la expedición de Juan Ortiz de Zárate á las regiones del Plata tuvo su crónica en verso, compuesta por el capellán D. Martín del Barco de Centenera.

Así viene á demostrarse que no fué descubierto y conquistado el Nuevo Mundo solamente por aquellos *colosos para el mal*, soñados por la fantasía ardiente de Quintana, y contra los que se desató en invectivas fogosas el odio de los poetas americanos al verificarse la emancipación de las colonias españolas, convertidas en repúblicas. De igual manera cabe afirmar que, si el progreso y la cultura implantados en ellas por la Metrópoli no llegaron, desde el siglo xvi hasta el xviii, á significar lo que hubieran significado en más favorables circunstancias, á éstas hay que atribuir principalmente las deficiencias que por costumbre se achacan á nuestros gobiernos. Y no se arguya en contra citando he-

chos aislados, cuya responsabilidad debe caer sobre algunos individuos ambiciosos, ineptos ó criminales, no sobre la nación de que eran hijos espúreos y que indignamente deshonraron.

Por fortuna, ya van disipándose los recelos y las preocupaciones de otros tiempos, y es cosa frecuente leer en obras de autores americanos testimonios como el siguiente del argentino D. Calixto Oyuela: «Mucho se ha declamado y se declama todavía contra España, su régimen colonial y el estado de atraso intelectual en que mantuvo sus posesiones de América; pero, sin negar parte de la verdad que puedan contener tan insistentes declamaciones, la investigación detenida y seria de los orígenes, circunstancias y desenvolvimiento de ese período histórico impide de todo punto hacer coro á esas sistemáticas acusaciones»¹.

Respecto de la poesía y la literatura en general, no echemos en olvido que, cuando estaban en condiciones de producir más sazonados frutos en los países trasatlánticos, cuando cobraba allí mayores bríos el movimiento intelectual, vino á extraviarlo el impetu arrollador del culteranismo y el conceptismo, dos plagas que se extendieron donde quiera que se usaba la lengua de Castilla, imponiendo su tiránica dominación, con la autoridad de cien ilustres ingenios, á quienes hacían gala de imitar los de nuestras colonias. No concluyó en ellas el mal gusto con la restauración galo-clásica del reinado de Felipe V, sino que se prolonga hasta fines del siglo xviii, sobre todo en aquellas que por su mayor aislamiento conocieron ya tarde las nuevas doctrinas literarias, muy poco á propósito de suyo para conquistar simpatías y prosélitos entre gentes hartamente apasionadas de la reflexión calculadora y fría, que de la brillantez y pompa del estilo, aun pervertidas por la ampulosidad hueca de los secuaces de Góngora.

¹ *Apuntes de Literatura.*

Lo fueron en algún sentido casi todos los prosistas y poetas americanos durante el período más largo de la dominación española, y así se malograron aptitudes tan privilegiadas como las de Sor Juana Inés de la Cruz¹, en cuyas rimas, no obstante, se pueden entresacar algunas que son dechado de sentimiento, de agudeza ó de profunda inspiración; así derrochó lastimosamente el caudal de su saber, encomiado con toda clase de ponderaciones por el P. Feijóo y otros autores de la época, el Doctor D. Pedro de Peralta Bar-nuevo (1663-1743), catedrático de Matemáticas en la Universidad de Lima, poeta, historiador, filósofo, matemático, naturalista; hombre, en suma, de universal capacidad, cuyos escritos yacen sepultados en el olvido más completo.

Posterior á Peralta es la generación de sabios iniciada simultáneamente casi en distintas regiones de América, merced á los viajes de algunos extranjeros ilustres, como los españoles D. Jorge Juan, D. Antonio Ulloa y el botánico gaditano D. José Celestino Mutis, los franceses La Condamine, De Jussieu y otros, y finalmente, Alejandro Humboldt. Mutis fundó en Bogotá un Observatorio Astronómico, dirigido por Don Francisco José de Caldas, el más brillante de sus discípulos, y cuyos trabajos para la ordenación de la Flora americana, junto con la variedad de sus conocimientos en las ciencias físicas y experimentales, nunca se celebrarán demasiado. Con Caldas florecieron en la capital de Nueva Granada no pocos escritores didácticos

¹ No fué la poetisa mexicana la única persona de su sexo que cultivó por entonces las letras en el Nuevo Mundo. Antes había nacido en el Perú la entusiasta admiradora de Lope de Vega que le dirigió una celebrada epístola en verso, ocultando su nombre con el convencional de *Amarilis*, y en la primera mitad del siglo XVIII floreció en el Nuevo Reino de Granada la Madre Sor Francisca Josefa de Castillo, que escribió su autobiografía y una obra de *Sentimientos Espirituales*, dignas de nuestros más esclarecidos autores ascéticos.

de bastante mérito, á la vez que representaban el espíritu de investigación enciclopédica, propio del siglo XVIII, el Dr. Espejo, D. Pedro Maldonado y D. Mariano Villalobos en el Ecuador, D. José H. Unanue y los hermanos D. Francisco y D. Mariano Rivero en el Perú.

Gran desastre fué para la cultura de nuestras colonias americanas la expulsión de los jesuitas, pero no dejó de compensarse en la forma indicada.

Entre tanto, la poesía dejaba los oropeles del culteranismo para caer en el desmayo y la flojedad prosaica, con una turba de copleros que despiadadamente la profanaron. La sencillez bucólica de Fr. Diego González y de Meléndez Valdés apenas tuvo imitadores de alguna importancia, si se exceptúa á Fr. Manuel de Navarrete en México, porque los demás no supieron elevarse, de ordinario, sobre el nivel del amaneramiento insípido ó la vulgaridad chavacana.

Sólo cuando las tempestades políticas se desencadenaron sobre el suelo de América, y el espíritu guerrero caldeó los corazones de sus habitantes, y el grito mágico de independencia los hizo unirse contra el que llamaban despotismo de los españoles, y las glorias militares de Ayacucho y Junín fueron allá lo que las de Bailén y Zaragoza en la Península, y los nombres de Sucre y Bolívar grandes como los de Castaños y Palafox; sólo entonces hallaron eco en los Andes los cantos patrióticos de Quintana, Arriaza y Nicasio Gallejo. Los poetas que aspiraron á perpetuar la memoria de aquella insurrección contra España, además de tener que hacerlo en el idioma del pueblo que execraban y combatían, imitaron la estrofa ardiente del Tirteo de nuestra lucha contra Napoleón, vaciando, en el molde mismo que dió la forma del arte á los entusiasmos y las iras del patriotismo ibérico, otras ideas y otros sentimientos en que palpitaba la oposición tenaz á la cuna de Hernán-Cortés y de Pizarro.

Además de la indudable influencia ejercida por los autores españoles en Olmedo y Heredia, ¿dónde hallaron éstos, dónde halló Andrés Bello su primera educación literaria, sino en los Colegios, Seminarios y Universidades establecidos durante el régimen colonial, y que no debían de ser tan atrasados, tan sometidos á la infecunda rutina, cuando tales hombres produjeron? Ninguno más eminente han tenido después en su seno las repúblicas hispano-americanas.

A pesar de los odios que sembró la guerra separatista, á pesar de la fascinación que hizo soñar á varios poetas con el paternal gobierno de los Incas, y con el reposo y la ventura idílicos de las civilizaciones precolumbianas, no se rompieron ni podían romperse los lazos de unión moral entre la madre España y los pueblos recién salidos de su tutela, y cuyo carácter, con sus generosos impulsos y defectos; cuyas instituciones, fuera del orden político; cuyos adelantos en la ciencia y en el arte, hubieron de ser, por virtud de leyes históricas superiores á la voluntad individual, prolongación é imagen de los nuestros.

La escuela de Quintana arraigó tan hondamente en aquellos países, que aun hoy influye en muchos de sus poetas, y ha dejado en casi todos la tendencia al énfasis y á la declamación, el predominio de la forma sobre el pensamiento, el apasionado culto á las galas de la expresión, y á la rotundidad y el número de la estrofa.

El tránsito del clasicismo al romanticismo no engendró en la América española las extremosas luchas que en la generalidad de las naciones europeas, y eso que no había allí grandes tradiciones, venerables recuerdos, fuentes abandonadas de belleza, distinta del ideal greco-romano, como los había en la patria de Goethe, en la de Byron, en la de Víctor Hugo y en la de Zorrilla y Espronceda. El arte retrospectivo y arqueológico desentonaba en nacionalidades jóvenes, cuyo pasado coincidía con la dominación española, que cier-

tamente no excitaba su respeto ni su entusiasmo, pues por librarse de ella hicieron toda clase de esfuerzos. Poner los ojos en los tiempos anteriores al descubrimiento de Colón y crear artificialmente un ciclo de poesía narrativa, fué idea utópica de algunos partidarios del americanismo cerrado y absoluto, que se desacreditó pronto, por carecer de base. Los escasos cultivadores de la leyenda y el drama histórico que hubo en las repúblicas hispano-americanas, acudieron, por lo común, en busca de asunto á nuestras crónicas y á nuestro Romancero, cuando no localizaban la acción en otros países de Europa.

Pero no fué el romanticismo de sabor medioeval el que allí prevaleció, ni la inmensa boga que alcanzaron Víctor Hugo y Zorrilla se fundaba en que el uno hubiese escrito obras como *Nuestra Señora de París*, y el otro los *Cantos del Trovador*, sino en las cualidades externas de la forma, en el derroche imaginativo y la caudalosa abundancia, característicos de entrambos poetas. Esto se compadecía con la conservación del lirismo grandilocuente de los cantos al *Niágara*, *En el Teocalli de Cholula* y *La victoria de Junín*, lirismo en que también entra por mucho la belleza plástica, el halago de la sensibilidad. Los sucesores de Heredia y Olmedo no se apartaron abiertamente de la senda trazada por los cisnes de Cuba y el Ecuador, sino que, siguiéndola, trataron de ampliarla y de sustituir á la uniformidad de la obligada silva la indefinida multitud de combinaciones métricas originada del romanticismo, á la rigidez hierática la libre sucesión de tonos, y á las reminiscencias de la mitología las novedades que introdujeron los grandes maestros de las literaturas europeas, en aquel período de transición, esencialmente revolucionario.

El género que con preferencia se cultivó por entonces en la América española, el que después ha tenido mayor número de representantes, el que hoy

mismo florece, á pesar de las transformaciones que en el decurso del presente siglo van experimentando el gusto y las aficiones de la generalidad en materias literarias, es la poesía lírica, con exclusión casi de la dramática, que sólo ha producido allí algunos ensayos, como los hay también de poema corto y de novela.

Contrapesó el influjo del romanticismo violento y extremo, impidiendo que cundiese la anarquía entronizada por los enemigos de todas las leyes, incluso las de la gramática y el buen sentido, una escuela que se constituyó en defensora de los amenazados baluartes del legítimo progreso literario, y que ha engendrado más de un poeta notable y excelentes filólogos y prosistas; escuela de que fué preclaro ornamento el cantor de la *Silva á la agricultura de la zona tórrida*, como lo son en la actualidad dos insignes escritores de Colombia, D. Miguel A. Caro y D. Rufino J. Cuervo. Si esta dirección coincide en varios de sus representantes con el clasicismo acartonado y estéril del siglo XVIII, se combina en aquellos tres autores, y en otros que siguen su ejemplo, con la erudición variada y de buena ley, con la amplitud de criterio que no rechaza ninguna manifestación genuina de la belleza, y con el noble propósito de estrechar cada vez más las relaciones entre la literatura española y la hispano-americana.

Semejantes relaciones, que en algún tiempo contrarió el espíritu de discordia, van afirmándose, por fortuna de todos, lo que nos autoriza para esperar que no se interrumpirán nunca en lo sucesivo. Una dificultad hay que vencer, nacida del especialísimo estado social de aquellos países, adonde lleva la inmigración elementos heterogéneos que luchan con la castiza tradición ibérica; de lo que se deriva, entre otras consecuencias, la corrupción del lenguaje, según se puede comprobar comparando el que se usa generalmente en

las publicaciones sud-americanas, no ya con el de los clásicos españoles, sino con el de los periódicos de la Península.

Por otra parte, algunos autores que descuellan en la novísima generación literaria de aquellas Repúblicas se han prendado de ciertas novedades exóticas, malgastando el ingenio en imitar los caprichos dictados por el orgullo ó la *hiperestesia* enfermiza de cualquier fundador de cenáculos parisienses. Creo que pasará esta moda como nube de verano, convenciéndose los mismos que le rinden tributo de que no son buenos todos los caminos para hallar la originalidad; pero urge denunciar el abuso, para ponerle remedio.

